

## **LAS ELECCIONES DE COSTA RICA: ENTRE LA TRADICIÓN Y EL CAMBIO**

**Manuel Alcántara Sáez**

Universidad de Salamanca

Las elecciones celebradas en Costa Rica el 7 de febrero han supuesto la decimoquinta cita ininterrumpida de los electores ante las urnas contribuyendo a configurar a este país como el de más sólida trayectoria democrática de América Latina y uno de los primeros en calidad democrática en dicha región. Confrontada con un serio proceso de deterioro de la política durante la última década, y una aguda polarización como hacía tiempo que el país no presentada, los comicios suponían un reto indudable. La vuelta a pautas de una relativa normalización resultaba imponderable.

Tres ex presidentes habían tenido serios problemas con la Justicia: Rafael Ángel Calderón y Miguel Ángel Rodríguez, del Partido Unidad Social Cristiana (PUSC) y José María Figueres, del Partido de Liberación Nacional (PLN), llegando a verse privados de libertad los dos primeros. En segundo lugar, para amplios sectores era ilegítima la postulación de Óscar Arias en 2006, quien ya había sido Presidente entre 1986 y 1990, amparado por una anulación de la Sala Constitucional de la Corte Suprema de Justicia de la reforma de 1969 a la Constitución que impedía la reelección. Además, los índices de abstencionismo venían incrementándose paulatinamente desde las elecciones de 1998 cuando se saltó del 19 por ciento de 1994 al 30 por ciento, para pasar al 31,2 y al 34,8 por ciento en 2002 y en 2006 respectivamente. Ello se emparejaba con un incremento en la desconfianza hacia el propio proceso electoral que tuvo su momento estelar en las elecciones de 2006 cuyo apretado desenlace puso en la mira de muchos a la actuación del Tribunal Supremo de Elecciones. Por último, la traumática apertura de la economía costarricense a través del libre comercio había incrementado enormemente la tensión política hasta llegar a la celebración del primer referéndum en

la historia del país, en octubre de 2007, sobre la ratificación del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos, ganado por la posición favorable al mismo —defendida por el gobierno de Óscar Arias del PLN— por muy estrecho margen.

Los comicios de febrero, que comprendieron las elecciones presidenciales y las legislativas, han deparado cinco notas sobresalientes que suponen cierta vuelta a las pautas previas a la década de 1990 en combinación con la existencia de rasgos nuevos que parecen consolidados. En primer lugar, se ha restablecido la confianza y se ha detenido la sangría abstencionista volviendo a los valores de hace una década; el 30,9 por ciento de abstención frena la caída que se venía dando y sitúa a Costa Rica en valores medios de otros sistemas políticos democráticos; a ello no ha sido ajena la labor del Tribunal Supremo de Elecciones que había venido desarrollando campañas de incentivo al voto y cuya impecable labor hizo plausible la recuperación de la confianza plena en el proceso electoral. En segundo término, el PLN ha mantenido su carácter histórico de partido más relevante, ganador en nueve de las quince elecciones presidenciales habidas en los últimos sesenta años. En tercer lugar, Óscar Arias, consolida su liderazgo indiscutible en el seno de dicho partido, tanto por ser el adalid de la candidata vencedora, Laura Chinchilla, como por el elevado nivel de popularidad con el que cuenta al dejar la presidencia. En cuarto lugar, el sistema de partidos se fragmenta aún más intensificándose el proceso iniciado en 2002. Finalmente, la oposición se atomiza y quien fue líder de la misma durante el periodo que ahora termina, Ottón Solís del Partido Acción Ciudadana (PAC), ve diluirse su posición frente a la ascendente de Otto Guevara del Movimiento Libertario (ML).

Como fácilmente puede deducirse, los cinco rasgos recién enunciados giran en gran medida en torno al papel desempeñado en la política de Costa Rica por Arias y el PLN. Cuestionado por sectores sociales relevantes, entre los que destaca el mundo universitario e intelectual pero también la arena sindical y de los movimientos sociales, Arias ha tenido como principal valedor al mundo empresarial que se fió de la baza de apertura irrestricta económica y comercial por la que apostó y que no sólo se refirió al mercado norteamericano sino también al de China. Con China estableció relaciones

diplomáticas en la mitad de su mandato distanciándose de Taiwan, país con el que otros vecinos centroamericanos y del Caribe, siguen inexorablemente atados. Arias también contó con el control de su partido en el que desempeña un papel crucial su hermano, Rodrigo Arias —posible candidato presidencial en 2014—, su apuesta por Laura Chinchilla (quien fuese su primera vicepresidenta), a quien consiguió primero la nominación por parte del PLN y luego el incuestionable triunfo presidencial, evidenciaron que la opción de Rolando Araya, que terminó dejando el partido tras perder las elecciones internas, no era la más idónea.

Laura Chinchilla, con un 46,7 por ciento de los votos válidamente emitidos (y según el cómputo provisional) alcanzaba un porcentaje que ningún candidato del PLN conseguía desde hacía dieciséis años. Según una encuesta telefónica del diario costarricense *La Nación* publicada el 11 de febrero, Laura Chinchilla arrasó en el voto femenino y ganó con amplitud entre los sectores más populares. Atrás quedaban Ottón Solís con el 25,1 por ciento, que recababa el voto mayoritario de los jóvenes de menos de treinta años y de sectores con estudios universitarios e ingresos económicos altos, y Otto Guevara con el 20,8 por ciento, más favorecido por el voto masculino y por los sectores con estudios secundarios.

La posibilidad de tener que celebrar una segunda vuelta, porque no alcanzara el mínimo constitucionalmente requerido del 40 por ciento, quedaba así arruinada alejándose el fantasma de la derrota en segunda vuelta como le ocurrió a Rolando Araya en 2002. Pero también la claridad de su éxito disipaba el tormento de un resultado muy ceñido como le ocurrió a Arias frente a Solís en 2006 (1,12% en los votos).

El PLN, por su parte, facilitaba las cosas como maquinaria electoral al mantener una presencia enormemente homogénea en todo el país ya que lograba superar el 40 por ciento en las siete provincias. De igual forma, el PLN ganó en 79 de los 81 cantones que integran el país. Esa uniformidad contrastaba notablemente con las restantes candidaturas cuya variabilidad provincial era mayor, así, mientras Ottón Solís se acercaba al 29 por ciento de los votos en San José, se quedaba en torno al 17 por ciento en

Guanacaste, Limón y Puntarenas. Otto Guevara alcanzaba en Limón el 31,4 por ciento, pero en San José apenas si llegaba al 17 por ciento.

Desde una perspectiva que recoge los últimos cuatro años, una circunstancia que no debe ser ignorada es el retroceso de Ottón Solís y la pérdida de expectativa de su partido. En este lapso, Solís ha visto reducirse su apoyo electoral personal en catorce puntos porcentuales y el PAC, que también ha perdido siete puntos porcentuales, tendrá el grupo parlamentario más pequeño de su historia al contar con 12 diputados frente a los 14 y 17 que obtuvo, respectivamente, en 2002 y 2006. El errático liderazgo de Solís, que dejó el país para ir a enseñar a Estados Unidos, y la oposición alocada y a veces inconsistente en la Asamblea posiblemente expliquen el deterioro registrado. El gran beneficiado en la oposición ha sido Otto Guevara, valedor de una postura de mano dura frente a la delincuencia y a la inseguridad ciudadana, que ha aumentado en doce puntos porcentuales con respecto a su apoyo en 2006, y el ML que pasa a tener de 6 a 9 diputados en la Asamblea, su mayor número en la corta historia del partido. Solís arrebató a Guevara la segunda posición en la recta final, invirtiendo las proyecciones de las encuestas preelectorales que le situaban en algún momento en tercera posición.

El PUSC fue la segunda fuerza del país hasta las elecciones de 2006 integrando en su seno las sensibilidades del centro derecha y alcanzando en tres ocasiones la presidencia. Inserto en una profunda crisis de liderazgo, como consecuencia del procesamiento ya señalado de dos de sus máximas figuras, enfrentó los comicios de febrero con un candidato atrabiliario, Luís Fishman que apenas si alcanzó el 3,9 por ciento sobre los votos válidos. Su partido, no obstante, dobló este porcentaje en las legislativas y consiguió obtener 6 escaños, uno más que en 2006. Los escaños del PLN, que ha obtenido 23, dos menos que en 2006, y del PUSC suman, por tanto, 29, es decir, confieren a ambos la capacidad de obtener la mayoría de la Asamblea, compuesta por 57 miembros generando una coalición “mínima ganadora”.

Los cuatro candidatos citados concentraron el 96,4 por ciento de los votos válidos, repartiéndose el resto otras cinco candidaturas, Óscar López, del Partido Accesibilidad sin Exclusión (1,9 por ciento), Mayra González, de Renovación Costarricense

(0,7 por ciento), Eugenio Trejos, del Frente Amplio (0,4 por ciento), el citado Rolando Araya, que concurrió con la Alianza Patriótica (0,2 por ciento) y Walter Muñoz, del Partido Integración Nacional (0,17 por ciento). La concentración del voto de los cuatro primeros partidos en el terreno legislativo fue, sin embargo, bastante menor ya que llegó al 77,3 por ciento. El voto restante se repartió en otras catorce candidaturas de las que cuatro consiguieron representación. Se trata del Partido Accesibilidad sin Exclusión (PASE) que obtuvo cuatro escaños y uno cada uno de los siguientes: Partido Renovación Costarricense (PRC), Frente Amplio (FA) y Partido de Integración Nacional (PIN), formaciones de carácter variopinto, representando las dos primeras a familias políticas de la izquierda. Partidos de ámbito estrictamente provincial quedaron sin representación legislativa.

Las elecciones de febrero han fragmentado como nunca antes el sistema de partidos costarricense. El número efectivo de partidos se sitúa en 4, cifra que no se había alcanzado y que habla de la existencia de una inequívoca situación de multipartidismo. La continuidad de prácticas legislativas que generen amplios consensos será un imperativo imponderable en el nuevo escenario; de ahí que la calidad y la experiencia de los legisladores sea de vital importancia, en un país donde se prohíbe la reelección inmediata de los diputados.

En términos de la polarización del sistema de partidos hay que señalar que los datos con que se cuentan permiten situar al PAC en un escenario de centro izquierda, al ML en la extrema derecha, al PUSC en la derecha y al PLN en el centro derecha. De ahí la antes citada posibilidad de una convergencia entre los dos partidos históricos. Si en 2006 cabía esperar que la renovación del sistema político podría llegar desde las filas del PAC, por su capacidad de movilización y de sintonía con diferentes sectores sociales, es posible que hoy este papel lo vaya a desempeñar el ML. Se trata del único partido, junto con el PLN, que ha obtenido escaños en las siete circunscripciones, en cuyo caso se trata de una representación estrictamente nacional. Además, se sitúa ideológicamente en una franja con cierta capacidad de seducción a quienes alzan banderas anti-inmigración, alaban sin fisuras las excelencias del libre mercado y sintoniza con

los vecinos panameños. Por su parte, el PLN continúa siendo la fuerza política sobre la que pende la estabilidad del sistema. De ahí que su responsabilidad sea enorme; escorado en las dos últimas décadas hacia la derecha, debería propugnar por revisar su teórica idiosincrasia inicial socialdemócrata moviéndose hacia la misma. Es la tarea que toca a Laura Chinchilla.

Salamanca, febrero de 2010